The Library
of the
University of North Carolina

Endowed by The Dialectic
and
Philanthropic Societies

8628
T255
v.30

UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
PROPERTY OF
LIBRARY
AT CHAPEL HILL

PQ6217
.T44
vol 30
no 1-19

a 00002 34007 8

PQ6217
.T44

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

LUX
LIBERTAS

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

BUILDING USE ONLY

PQ6217
.T44
vol. 30
no. 1-19

EKS
FIVE
out on

9529

Remismunda.

Ariza

17

REMISMUNDA,

TRAGEDIA EN TRES ACTOS,

ORIGINAL DE

DON JUAN DE ARIZA.

Estrenada en el Teatro Español el 25 de Noviembre de 1850.

N.° 234.

MADRID.
Á CARGO DE C. GONZALEZ: CALLE DEL RUBIO, N.° 35.
1854.

AL SEÑOR

DON MARIANO ROXAS,

en muestra de amistad,

Juan de Ariza.

Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y 5 de Mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

PERSONAS.	ACTORES.
REMISMUNDA.	Doña Bárbara Lamadrid.
GALA PLACIDIA.	Doña Teodora Lamadrid.
ATHAULFO.	Don Cárlos Latorre.
SIJERICO.	Don José Calvo.
EURICO.	Don Antonio Pizarroso.
VERNULFO.	Don Antonio Alverá.

Theolinda, *niña de cinco años, que no habla.*—Guerreros.

La escena en un salon del palacio de Athaulfo en Barcelona.—Epoca: desde las cinco de la tarde á las doce de la noche del 3 de setiembre de 415.

ACTO PRIMERO.

Salon del palacio de Athaulfo en Barcelona, con dos puertas colaterales y tres en el fondo; de las cuales las de los lados comunican con sus respectivas galerias; y adornado al gusto romano de la época.

ESCENA PRIMERA.

ATHAULFO.—EURICO.

ATHAUL. ¿Qué meditas, Eurico? Tu silencio
cada vez mas solemne, mas profundo,
á mis ojos presenta en mudo idioma,
tu inquietud, tu cansancio, ó tu disgusto.
EURICO. Señor.
ATHAUL. Desde que el cetro entre mis manos
á la fortuna colocar le plugo,
departiendo contigo los negocios,
escuché reverente tus discursos.
Por tu grande saber y por tus canas
mereces, bien lo sé, respeto sumo;
pero sabes tambien, que á tus consejos,
la obstinacion se rinde de Athaulfo.
Habla, pues.
EURICO. ¡Oh señor! De la lisonja
los cortesanos hacen vil estudio:
á quien la adulacion tan mal asienta,

dejad en su prudente disimulo.

ATHAUL. Te pido la verdad.

EURICO. ¡Oh! su lenguaje
inflexible, señor; severo, duro,
á quien se asienta sobre escelso trono
mal sonante parece é importuno.

ATHAUL. Mezclada con la miel de la lisonja
un tósigo mortal se bebe oculto,
y en su hiel la verdad al alma lleva
bálsamo bienhechor ó néctar puro.

EURICO. Hablaré, si lo mandas; pero antes
sabe...

ATHAUL. Nada prevengas: ya te escucho.

EURICO. Cuando, muerto Alarico, sus guerreros
á su trono te alzaron con orgullo,
¿Qué esperaban de tí?... ¿Callas?... Victorias.
Que llevaras á cima uno por uno
del noble antecesor los vastos planes:
que blandiendo la espada furibundo,
desde Roma á Bizancio el nombre godo
sonara con horror: que en sus sepulcros
los manes de los Césares temblaran,
de Pompeyos, Scipiones, y de Brutos:
que marcara con hierro tu caballo
de polo á polo la extension del mundo.
Tu alazan refrenando en la carrera,
te ven, amante, desdeñar los triunfos;
y esclavo humilde al pié de una romana,
pretesto das, señor, á sus murmullos.

ATHAUL. Al alma fatigada no conceden
de placer ó descanso un solo punto.
Murmuran porque el cielo no me ha dado
corazon de pantera, ni de estuco.
Murmuran... en las margenes del Brento
me levantan por rey sobre un escudo,
y planeta de muerte por las Galias
con la espada teñida en sangre cruzo.
Jovino y Sebastian son el presente
que ofrece mi valor á Honorio Augusto,
y, pagando cabezas de traidores,
provincias del imperio son los suyos.
Rotas las treguas, brillan las espadas
y legion por legion, muro por muro,

sin un reves con mi triunfante hueste,
al escape tambien, tomo ó destruyo.
¿Hice poco quizá?

EURICO. Mas esperaban:
en la paz del romano quedas súbdito,
y los godos pretenden que la tierra
rinda á sus plantas perennal tributo.
Tú, general invicto, las batallas
buscaste con ardor; bravo, iracundo
disipabas las huestes imperiales;
cual furioso huracan al débil nublo:
tú...

ATHAUL. General, buscaba los laureles;
Rey, la felicidad del pueblo busco.
Entonces de las águilas romanas
el vuelo sujeté; turbion de humo
huyeron sus legiones, y mi acero
bañado en sangre se mostró hasta el puño:
hoy de la errante tribu de soldados,
territorio y hogares aseguro.
Ayer, el brazo, obrar fué mi destino;
hoy, la cabeza del estado, juzgo.

EURICO. ¡Ay! si los miembros, de la paz cansados,
rebeliones promueven y disturbios.

ATHAUL. Tú ¿conspiras tambien?

EURICO. Señor, mi vida
consagrada durante doce lustros
al consejo y la guerra, pertenece
de los godos al rey, mi lábio mudo
quiso quedar; siguiendo tu mandato
digo: que los guerreros en confuso
clamor, piden batallas; y los pueblos
que al cetro rinden venerando culto,
se transforman en mares irritadas
y coronas arrastran en su flujo.

ATHAUL. A mi sien no refresca la corona:
si es grande su valor, su peso es mucho:
¿Qué me importa perderla con la vida
si de monarca los deberes cumplo?
Guerra piden los gefes ambiciosos,
buscando en la conquista opimo fruto,
y á su empuje se chocan las naciones
víctimas una vez y otra verdugos.

Paz pide el labrador que con afanes
baña en negro sudor esteril sulco,
y al pan con que á sus hijos alimenta
la sangre de sus venas presta jugo.
¿Nada dicen los ayes lastimeros
de cien y cien valientes moribundos,
por un palmo de tierra conquistado
que apenas dá cabida á sus sepulcros?
Todo es horror, Eurico: en negra sangre
brotan las espadañas y los juncos,
y carnívoros buitres se alimentan
con miembros de soldados insepultos.
Si guerra piden... ¿Qué rumor?...

EURICO. Los gefes.
No irrites su furor.

ATHAUL. Soy Athaulfo.

ESCENA II.

ATHAULFO.—EURICO.—SIJERICO.—GUERREROS.

SIJER. Señor, los que en las márgenes del Brento
sobre el pavés monarca te aclamaron,
y de lealtad el noble juramento
con torrentes de sangre confirmaron,
llegan á ti.

ATHAUL. ¿Qué piden?

SIJER. ¡Guerra!

GUER. Guerra!

ATHAUL. ¿Guerra al vándalo?

GUER. A Roma.

ATHAUL. No, guerreros:
tiñe sangre romana los aceros,
y sangre brota por do quier la tierra.
La perfumada alfombra de la Italia
manchas de sangre por do quiera tiene,
y el raudal que dejamos en la Galia
sulcos abre en los hielos del Pirene.
Aun tiembla el brazo del mandoble rudo;
la sangre el filo de la espada embota;
la piel de fiera se conserva rota;

rotos los cueros del ferrado escudo.

SIJER. Pero el corazon late con fiereza,
sangre en las venas del guerrero arde,
verterla en las batallas juzga tarde,
que el valor es del godo la nobleza.
Ansia acampar en la soberbia Roma;
abrevar en los termas su caballo;
domada ver á la que al mundo doma
y al pueblo rey mandar como á vasallo.
Señor del encumbrado Capitólio,
dictar al mundo desde Roma leyes,
y hacinando los tronos de cien reyes
el escabel hacerlos de tu sólio.

ATHAUL. Al blandir, capitanes, el acero
la vista del peligro no me aterra;
mas no quebrantaré nunca el primero
la paz que haya jurado.

GUER. Guerra, guerra.

ATHAUL. Guerreros, vedme bien. Mi diestra armada
por nuestra gloria combatió, no en vano,
y en la ardorosa sangre del romano
tinta hasta el pomo se mostró mi espada.
En tanto que las riendas del estado
dirija, sucesor de nuestros reyes,
no sufriré jamás las duras leyes
que un capitan me imponga ó un soldado.
Nuevos dominios que regir, anhelo;
tengo ambicion de inmarcesible gloria;
águila audaz levantaré mi vuelo,
en mis garras llevando la victoria.
Mas si pensais que con enojo insano
en mí lograreis ver de temor muestra,
es locura intentarlo; antes mi diestra
uniré con la diestra del romano.
(Se entra Athaulfo por la derecha y los guerreros se retiran.)

ESCENA III.

EURICO.—SIJERICO.

SIJER. ¿Oyen estas paredes?
EURICO. ¡Sijerico!
SIJER. Ni una palabra mas: anciano, ¿juras
ayudarme á cumplir mis santos votos
ó el secreto guardar hasta la tumba?
EURICO. ¿Qué pretendes de mí?
SIJER. Pasé á tus brazos,
amigo de mi padre, de la cuna,
y jamás separarnos consiguieron
de los combates la sangrienta furia,
el rigor inflexible de los hados,
ni el voluble favor de la fortuna.
El primer arco que dobló mi diestra
á mis manos pasó desde las tuyas,
y los precoces triunfos de mancebo
los debo á tus cuidados y á tu ayuda.
De cien nobles guerreros descendiente,
que con sus hechos á á la Gotia ilustran;
la sangre de cien héroes heredada
por mis venas purísima circula,
y henchido el corazon de santo fuego
romper la cárcel que le encierra busca.
EURICO. Recuerdo de tus nobles ascendientes
el pundonor, la gloria, la bravura,
y el eco aterrador de sus hazañas
en dilatados ámbitos retumba.
Los seculares bosques de la Gotia
presentan en su lóbrega espesura
rústicos y sencillos monumentos,
que en toscas piedras su valor anuncian.
Sé tambien, Sijerico, que tu espada
en palpitantes senos se sepulta,
formidable segur que al viejo tronco
de un solo golpe sin piedad derrumba.
Pero aunque tu valor y tu nobleza
conozca bien...
SIJER. Perdona que interrumpa,

Eurico, tu discurso; no me es dado
tener hoy de escucharte la ventura.
Propicia es la ocasion, el tiempo vuela:
te pedí un juramento, ¿lo pronuncias?

EURICO. Mas antes, Sijerico...

SIJER. No es posible
escuchar por mas tiempo tus escusas.
¿Juras, anciano, ó no?...

EURICO. Pero... si...

SIJER. Eurico,
niega ó concede.

EURICO. Juro...

SIJER. Pues escucha.
Cuando en el hondo cauce del rio Brento
cavamos á Alarico sepultura,
con el oro formándole de Roma
gloriosa y memorable catacumba,
mil valientes guerreros desearon
sobre mis hombros colocar la púrpura,
y otros mil á las sienes de Athaulfo
allí ciñeron la corona augusta.
Anhelaba el poder, la ambicion noble,
cauteloso envilece quien la oculta,
pero ahogué con mi diestra de gigante
los celos, el despecho y la amargura.
Antes que promover la civil guerra
humillo mi cabeza á la coyunda,
y yo levanto con mi propio escudo
al odiado rival que de mí triunfa.
Satélite de un astro corro, Eurico,
llagado el corazon, la lengua muda;
y á mis golpes la sangre de los galos
el patrio suelo murmurante sulca.
En la Galia...

EURICO. ¡Silencio!

SIJER. No: en la Galia...

EURICO. ¡Silencio, Sijerico!

SIJER. ¡Nunca, nunca!
En la Galia, la espada de Athaulfo,
atiende, atiende bien, tiñó su punta
en la sangre de Saro...

EURICO. ¡Sijerico!

SIJER. Aun la miro humear: todo se anubla,

anciano ante mis ojos: veo un cadáver,
toco su ensangrentada y rota túnica,
y oigo una voz que grita: «¡soy tu hermano!»
«venga tu sangre, véngala:» murmura.

EURICO. ¡Sijerico!

SIJER. La voz se fué perdiendo,
como entre los escollos rota espuma,
y yo busqué la muerte en los combates
como término honroso á mis angustias.
El rey godo triunfaba, los romanos,
amedrentada, envilecida turba,
de los montes huyendo descendian,
para huyendo dejarnos las llanuras.
La inmarcesible gloria de Athaulfo
un instante me ciega ó me deslumbra,
y yo mismo...

EURICO. ¿Perdonas?

SIJER. No: dilato
vengar, Eurico, la sangrienta injuria.
Triunfa el Rey: vencedor llega á Narbona,
y del lecho arrojando á Remismunda,
su diestra con la diestra de Placidia
en nudo eterno delirante junta.
Al pié del nuevo tálamo el Rey godo
su bélico ardimento hunde, sepulta,
y homenaje feudal á Honorio Augusto
como vasallo vil, rinde y tributa.
Comprando infames paces, en su honra
desacordado abrió brecha profunda,
y el sólido cimiento de mi trono
empezó á levantarme su locura.

EURICO. ¡Sijerico! ¿qué has dicho? ¡Calla!

SIJER. Anciano,
mucho te dije ya.

EURICO. ¿Quieres que incurra
en infame traicion?

SIJER. ¿Por qué Athaulfo
fulminea espada que una vez desnuda
vuelve á la vaina?

EURICO. A Dios de sus acciones
el Rey cuenta dará.

SIJER. No: ya le juzgan
los mismos que en sus hombros le elevaron

del real poder á la suprema altura.

EURICO. ¡Sijerico!

SIJER. Aun resuenan las pisadas
de los guerreros, que con saña ruda
pidieron guerra.

EURICO. ¿Y qué?

SIJER. Murió mi hermano;
ensangrentada ví su vestidura,
aplacé la venganza.

EURICO. ¡Es tu monarca!

SIJER. Y este plazo es preciso que se cumpla...
No medites: al trono de Athaulfo,
Eurico, subiré. ¿Te callas? ¿Dudas?
Ven conmigo, y al punto los guerreros...

EURICO. ¡Huye pronto, infeliz! la amistad pura
que á tu padre me unió, su ilustre sombra,
que aparece ante mí, la voz me anudan:
pero si tardas en marchar, mis lábios
gritarán: «¡Athaulfo: la iracunda
tropa de tus guerreros te amenaza,
cobarde, aleve, infiel, torpe, perjura!
Empuña, ¡oh Rey! el vengador acero.
impon castigo á la tremenda culpa.»

SIJER. ¿Tú delatarme?

EURICO. Sí.

SIJER. ¿Tú, Eurico?

EURICO. ¿Cuándo
motivo has encontrado en mi conducta
para cómplice hacerme en tus traiciones?
¡Huye! vuelvo á decir... ¿Vacilas? ¿Dudas?...
Oyeme, Sijerico; en Occidente
ya su brillante carro el sol oculta,
y sus últimos rayos de los templos
apenas doran las altivas cúpulas.
Seis horas pasarán antes que brille
estrella, cuya luz marca y anuncia
el tránsito invisible de los dias:
en seis horas dispon tu pronta fuga;
pues si no estás distante de Barcino,
será al lucir la estrella tu denuncia.
(*Eurico se entra por la puerta lateral de la derecha, que corresponde á la cámara de Athaulfo.*)

ESCENA IV.

SIJERICO.

¡Eurico! ¡Huyes de mí! ¿Por qué mis manos
no se empaparon en su sangre impura?
Delatarme, ¡traidor él! El amigo
que en mi infancia meció mi tosca cuna,
impedir quiere que mis lábios toquen
un cáliz de purísima ventura.
Acariciar tres años una idea,
sus faces estudiar una por una,
y, en el momento de cumplirla, un hombre
la rompe, como el sol liviana bruma.
¡Oh! no, no... Con sus rayos postrimeros
el astro rey nuestro hemisferio alumbra,
y cada sombra que la noche lanza
me quita una esperanza: la fortuna,
hermana del valor, mil y mil veces
los temerarios planes asegura.
Mi brazo bastará; tengo un acero.
Bajo cortinas de brillante púrpura
en un retrete, que el amor consagra,
el Rey descansará; y antes que cumpla
Eurico su amenaza, el pecho aleve
penetrar puede la acerada punta
del puñal vengador... Pero cerradas
quedarán esas puertas... Las columnas
no bastan á ocultarme... Todo, todo
contra el mísero hermano se conjura.
¿Dejaré mi venganza? ¿El pié del trono
retiraré cobarde? ¡Nunca, nunca!
O aquí mi trono levantado vea,
ó sea aquí mi sepultura!

ESCENA V.

SIJERICO.—REMISMUNDA.

REMISM. Del corazon ardiente sangre brota,
que en mis venas en lava se convierte.
Un violento latir al pecho azota:
¿es de amor ó es anuncio de mi muerte?
¡Morir...! Dicha inefable!... Mirar rota
la pesada cadena de mi muerte!
El llanto del placer tu rostro inunda,
amante y desdichada Remismunda.

SIJER. ¿Lloras?

REMISM. ¡Ah!

SIJER. No pretendas, no, tus duelos
ocultar, Remismunda desdichada,
que con el llanto amargo de los celos
tu encantadora faz miro bañada.
Airados contra tí los justos cielos
de homicida dolor blanden la espada,
y avaro de tu encanto peregrino
lo marchita con penas el destino.
Tú, flor que en nuestros bosques seculares
brillabas con purísimos colores,
escuchando del ave los cantares
y el aroma bebiendo de las flores:
tú, que sin inquietudes, sin pesares,
eras reina feliz de los amores,
pálida, melancólica, abatida,
arrastras entre lágrimas la vida.
Tú lloras...

REMISM. No te aflijan mis lamentos.
¿Por qué te compadeces de mi lloro
si guardo, Sijerico, en mis tormentos
de inefable placer rico tesoro?
¿Si entre los mas horribles sufrimientos
digo: «soy infeliz, porque le adoro!»
y en vez de codiciar ventura ó calma,
por un sueño de amor diera mi alma?

SIJER. No eres hermana tú de aquel guerrero

que á la Europa domó con faz airada,
y la frente imperial, bajo su acero,
de la reina del mundo vió humillada?
No tienes sangre del caudillo fiero
que en la vaina jamás guardó su espada.
y, en el Tíber abriendo inmensa tumba
á Roma y sus alcázares derrumba.
Eres la mujer frágil, la infelice
que del tirano vil besa la planta,
que al infame verdugo no maldice
y los tímidos ojos no levanta.
La que sus penas en secreto dice
y sucumbe al dolor de pena tanta:
La que, al triste compás de amargo lloro,
ruega siempre al monarca.

REMISM. Yo le adoro.

SIJER. ¡Débil!

REMISM. No, débil no: mujer amante;
tierna, como la tórtola que gime;
firme, con la firmeza del diamante;
esclava de un amor puro y sublime;
entusiasta, sensible, delirante...
No digas que soy débil... Díme, díme
que al fuego del amor blanda es la roca,
ó lo mas, Sijerico, que estoy loca.

SIJER. ¡Loca!

REMISM. Sí: ¿mas acaso mi locura
es crímen? ¿mi frenético arrebato
vergonzoso delito, por ventura?
Mi amor será violento é insensato.
Ofreceré mi vida y mi ternura,
Sijerico, á las plantas de un ingrato:
mas mi pasion no es vil y vergonzosa,
que ante Dios y los hombres soy su esposa.

SIJER. ¡Su esposa! del real tálamo arrojada
como adúltera infame ó vil manceba.
¡Su esposa! bajamente despreciada,
dándote de desden la última prueba.
¡Su esposa! en el palacio confinada
donde otra el cetro soberano lleva.
¡Su esposa! cuando dejas con envidia
al monarca en los brazos de Placidia.

REMISM. Calla!

SIJER. ¡Su esposa! la que con desdeño,
tratada por altivo soberano
en el perdido amante encuentra un dueño,
en el infiel esposo halla un tirano?
¿La que tiembla al mirar su adusto ceño?
¿La que humilde á sus piés suplica en vano?
¿La que llorando apasionada y loca
de una rival la compasion provoca?

REMISM. Por piedad, Sijerico, calla, calla.
Mi sangre ardiente por mis ojos brota,
y el pecho se estremece, cual muralla
que rudo ariete sin descanso azota.
Del silencio el dolor rompe la valla,
la postrera ilusion mirando rota,
y trazándome el cuadro de mi suerte,
Sijerico, con él, me das la muerte.
Nunca la copa del placer risueña
tocará, por mi mal, el labio amante,
ni la ilusion de amores halagüeña
turbará mi razon un solo instante.
¡Infeliz la que loca se despeña
y el abismo en su error no ve delante!
Sin amor, sin ventura ni esperanza,
¿á una mujer qué resta?

SIJER. La venganza.

REMISM. ¿La venganza? ¿vengarse? ¡dicha inmensa,
ilusion de ilusion, placer, ventura,
que en un solo momento recompensa
cien siglos y otros ciento de amargura!
¡Dolor dar por dolor, pagar la ofensa
con ofensa, los males con usura;
vengarse crudamente es el consuelo
que al infeliz mortal concede el cielo!
Quiero vengarme, sí...

SIJER. ¿Tu pecho encierra
ódio al esposo infiel, al rey tirano?
¿Tu corazon declara cruda guerra
al satélite humilde del Romano?
¿Del héroe ilustre, que asombró á la tierra,
abrigas el aliento soberano?
¿Quieres pagar perfidia con perfidia?

REMISM. Ansio beber la sangre de Placidia.

SIJER. De la infeliz mujer, que amargo llanto

sobre el tálamo real tímida vierte,
y busca por consuelo á su quebranto
como tú, Remismunda, pronta muerte.

REMISM. Al imperio rendido de su encanto,
te dueles, Sijerico, de su suerte.

SIJER. Quiero vengar tu afrenta y justo encono...

REMISM. ¿En quién?

SIJER. En quien ocupa el alto trono.

REMISM. ¿En el Rey?

SIJER. ¿Quién marchita tu belleza?
¿Quién pone en humillarte crudo empeño?
¿Quién paga con rigores tu terneza
y tu amor inspirado con desdeño?
¿Quién, mostrando de tigre la fiereza,
te ofende, como á esclava airado dueño?
Pereza quien bastarda alevosía...

REMISM. Por su vida mil veces doy la mia!

SIJER. Llora sin tregua, tu abatida frente
hunde, esposa infeliz...

REMISM. *(Abatida.)*
Es mi destino.

SIJER. Y en tu pecho sepulta permanente
dolor, tósigo lento y asesino.
Siga Gala, cual sol en el Oriente,
en carro de topacios su camino.

REMISM. Calla.

SIJER. Ya tu rival llega, señora,
póstrate humilde y su piedad implora.

ESCENA VI.

REMISMUNDA.—GALA PLACIDIA, *que sale por la puerta de la derecha, y viendo á la goda se detiene entre turbada y recelosa. Remismunda se acerca á Placidia con fiereza, pero se calma gradualmente.*

GALA. ¡Ah!

REMISM. Detente, Placidia: ¿por qué temes,
por qué tiemblas, por qué los ojos bajas?
Mujer soy como tú: seré tu sierva
si cauterizas mi profunda llaga.

GALA. ¿Qué quieres, Remismunda...

REMISM. Aunque nacidas
entre fieras y rústicas cabañas,
las mujeres indómitas del Norte
para morir de amores tienen alma.
Yo amé, como á su hijuelo la leona
en lo profundo de las selvas ama,
y de mi amado un año, y otro y otro,
¡oh dicha! tiernamente fuí amada.
Nunca mi hermano de la altiva Roma
los marmóreos palacios derribara,
que al desplomarse la ciudad eterna
brotó de sus escombros mi desgracia.
¿Para qué referirte uno por uno
mis celos, mis dolores y mis ansias?
Tú lo sabes, Placidia: el rey mi esposo
la cadena nupcial rompe, quebranta,
y con lazos de flores á tí unido
mi amante corazon fiero desgarra.
En jamás te ofendí. ¿Por qué terrible,
en el hermoso cielo que miraba,
apareces fatídico cometa,
y mi desdicha alumbras en tu marcha?
¡Oh! cuánto he padecido! mis megillas
frescas no están, ni tersas, ni rosadas,
y la luz que mis ojos despidieron
arde en mi corazon, pérfida llama.
¡Oh, cuánto he padecido! compadece
un dolor que á las fieras ablandara;
vuélveme al que idolatro: es una goda
la que loca de amor llora á tus plantas.
(Se arrodilla.)

GALA. Levántate, señora.

REMISM. No, Placidia.
Suplicante, llorosa, arrodillada
á tus piés quedaré, y al fin espero
que atiendas bondadosa mi demanda.

GALA. Levántate, por Dios: el cielo sabe
que en vez de tu enemiga soy tu hermana;
y al escuchar tus penas, Remismunda,
sabe Dios que quisiera remediarlas.
Habrás sufrido mucho, lo conozco;
mas tu duelo á mi duelo no aventaja.

Ví la ciudad de Cónsules y Césares
al siniestro fulgor de rojas llamas,
y el *hurra* aterrador de tus guerreros
so los dorados techos retumbaba.
A raudales la sangre del vencido
el pié del vencedor caliente baña,
y la hermana infeliz de Honorio Augusto
cadenas de oro sollozando arrastra.
Cautiva de los godos, con mi llanto
regué el florido césped de la Italia,
y el lúgubre clamor de mis gemidos
el eco repitió de sus montañas.
Marchando sobre témpanos de nieve
al estruendo mezclados de las armas,
desde el Tíber turbaron mis lamentos
los remotos confines de la Galia.
Tres años esperé; lentos corrieran,
mecidos por falaces esperanzas.
Vuestra hueste triunfó. Lleguéá Narbona.
Compasion, Remismunda. Al pié del ara
eterno amor juré, pero mis labios
el santo juramento profanaban.

REMISM. ¿No amabas al rey godo?

GALA. No: mi pecho
alimentó un amor desde la infancia;
amor que confundió dos corazones,
como mirto y laurel tegen sus ramas.

REMISM. ¿Es cierto?

GALA. Remismunda, mis dolores
á tu acerbo dolor vencen ó igualan,
únanse nuestras diestras, y en silencio
corra el turbio raudal de nuestras lágrimas.

REMISM. ¿Huirás del rey, Placidia?

GALA. Soy su esposa,
y obedecerle mi deber me manda.

REMISM. ¿Su lecho partirás?

GALA. Es mi destino.

REMISM. Nuestras diestras jamás se unirán, Gala.
¿Sufrir yo que la frente de Athaulfo
se recline en tu seno; que tus palmas
acaricien su luenga cabellera,
mientras amor te brindan sus miradas?
¡Jamás! ¡Jamás! El tósigo violento

que envenena y calcina mis entrañas,
brotará por mis labios, por mis ojos,
en mil torrentes de encendida lava,
que cenizas no mas en su carrera
dejarán.

GALA. Remismunda, calla, calla.

REMISM. Esta pasion salvaje de una goda
no sabe comprender una romana,
y la mujer amante de los bosques
á la mujer de la ciudad espanta.
Sin aliento la tímida cordera,
lejos del dulce dueño gime y bala;
la tigre, si la roban un esposo,
en su busca feroz se hiere y brama.
No hay dique que sujete su carrera,
cadenas que no rompa su pujanza,
y en la caliente sangre de su seno,
para avivar su sed, tiñe la garra.
(Coge el brazo de Gala con violencia.)

GALA. ¡Piedad de mí!

REMISM. Piedad. ¡Tú la tuviste
para esconder la penetrante espada
en mi desnudo pecho? ¿Tú temblaste
al causar mi dolor...

GALA. Piedad.

REMISM. *(Con feroz ironía.)*
Romana,
eres hermosa, sí: brotan tus ojos
la pura luz que en el Oriente el alba:
dulce es tu voz, es mágico tu acento,
sentidas y amorosas tus palabras.
Un ángel eres: contrastar no es dable
el soberano imperio de tus gracias.

CALA. Remismunda.

REMISM. *(Con ironía.)*
Soy buena, soy sensible:
Acaricio la mano que me mata.
Pero si á tu rival juzgas vencida,
desecha esa ilusion porque te engañas.
(Con fuerza.)
Mi tósigo un instante se adormece,
y abre despues heridas mas insanas;
es la sierpe que estrecha sus anillos

y con mas furia al cazador se lanza.

GALA. Remismunda!

REMISM. *(Con ironía.)*
¿Te aterra mi arrebato?
Mi lábio por hermosa te proclama.
¿Qué mas quieres de mí?

GALA. Piedad.

REMISM. Tú sabes,
que perece la flor mas delicada
mas pronto; que los mármoles resisten
(Sacudiéndola.)
cual se rompe el burilado nácar.

GALA. Me haces daño.

REMISM. Placidia, á tu lamento
responde mi siniestra carcajada.

GALA. Piedad te pido por el Dios que rige....

REMISM. Ni él ni yo escucharemos tu plegaria.

GALA. A tus piés me arrodillo.

REMISM. Tú, la hermosa,
¿trémula y triste ante mis piés te arrastras?
Cuán abatida estás, pero no creas
que mi furor destruyes: no.

ESCENA VII.

REMISMUNDA.—GALA PLACIDIA.—ATHAULFO.

ATHAUL. *(Alzando á Gala.)*
Levanta.

REMISM. No la salvarás, no.

GALA. ¡Piedad!

ATHAUL. *(A Remismunda rechazándola.)*
Detente.
Del ángel de mi amor el rostro baña
turbio llanto. ¿No ves que gota á gota
como plomo candente cae en mi alma?

REMISM. Calla, calla.

ATHAUL. No temas, Gala mia.

REMISM. Yo soy tu esposa, yo.

ATHAUL. *(Dirigiéndose con Gala hácia su cámara.)*
Tú eres su esclava.
REMISM. Detente.
ATHAUL. Loca estás.
REMISM. Sí; mi locura
crece al sangriento impulso de mi saña.
ATHAUL. Sobre tí mi desprecio se desploma.
REMISM. Truena sobre vosotros mi venganza.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La decoracion del primero.

ESCENA PRIMERA.

SIJERICO.—VERNULFO, *empolvado.*

SIJER. ¡Vernulfo!
VERN. ¡Mi señor!
SIJER. A este palacio
te trajo, por mi bien propicia suerte,
y el cielo, que mis votos desechaba,
oye por fin mis súplicas fervientes.
VERN. No en vano los hijares de mi yegua
batí, como á los muros recio ariete,
si consigo, señor, con afan tanto
que al fiel esclavo en tu servicio emplees.
SIJER. ¿Has visto al Rey?
VERN. Señor, de su aposento
acabo de salir.
SIJER. ¿De dónde vienes?
VERN. De Narbona: unos pliegos del monarca
á Constancio llevé, que con sus huestes
á marchas regulares se encamina
hácia la helada cumbre del Pirene.
SIJER. ¿Y á tu mensage el general romano
qué respondió?

VERN. Decirte solo puede
tu esclavo, que á las águilas siguiendo,
marcharán á la lid nuestros valientes
contra Vándalos, Hunnos y otros bravos
que el mandato imperial desobedecen.

SIJER. Los Godos, auxiliares de ese Honorio
Augusto, emperador del Occidente,
contra Vándalos, Hunnos y Suevos,
que menosprecian las romanas leyes,
á las legiones de Constancio unidos
el laurel ganarán que estrañas frentes
han de ceñir, sirviendo sus victorias
de esplendor y poder á estraños reyes:
y humillados los pueblos que en Iberia
lucha tenaz sustentan con los Césares,
sobre los pueblos que á vencer ayuden
el romano poder caerá mas fuerte.
Feliz revelacion: nuestros guerreros
comprenderán asi que el rey clemente
la sangre por su gloria economiza
y por la agena sin temor la vierte.
Mas despertar no es dado en una hora
el furor reprimido de los gefes,
y al correr los minutos de esta noche
siglos en ellos mi fortuna pierde.
La espada no, el puñal abrir el seno
de mi enemigo sin tardanza debe.
Remismunda pudiera, Remismunda,
la corona poner sobre mis sienes,
y Remismunda mis hermosos sueños,
mis esperanzas en dolor convierte.
Vernulfo.

VERN. Mi señor: vuestros mandatos
espero fiel esclavo y obediente.

SIJER. ¿A tu antiguo señor, al rey ilustre,
á Saro, en fin, recuerdas?..

VERN. Siempre, siempre.

SIJER. ¿Sobre su humilde tumba, qué juraste?

VERN. Perecer ó vengar su infausta muerte.

SIJER. ¿Antes de media noche del palacio
entrada franca prepararme puedes,
sin que alarma produzca mi presencia?

VERN. ¿Hasta dónde, señor, llegar pretendes?

SIJER. Hasta aquí.
VERN. Mi señor, guardo una llave...
SIJER. ¡Oh dicha!
VERN. Al regocijo no te entregues.
Una puerta escusada, que da al campo,
puedo abrirte con ella solamente.
SIJER. ¿Y esa puerta conduce?...
VERN. Hasta una bóveda
de húmedas y espesísimas paredes.
SIJER. ¿La bóveda siguiendo...
VERN. Una escalera
encontrarás, señor.
SIJER. ¿Y cuando llegue
á su término?
VERN. Entonces, un postigo
tus pasos detendrá.
SIJER. ¿Podré romperle?
VERN. Dobles tableros de nogal, clavados
y curtidos con lluvias y con nieves,
sujetos con forjada cerradura
al empuje de un hombre nunca ceden.
SIJER. ¿Y esa puerta?
VERN. La entrada facilita
á un corredor, que lleva hasta el retrete
de Remismunda.
SIJER. ¿Si su llave logro...
VERN. Aquí podrás entrar: Athaulfo duerme
en la cámara real que allí descubres.
SIJER. Basta, Vernulfo, basta. ¿Si pudiese
vencer á Remismunda? Resignada
sufre del fiero esposo los desdenes,
y morir la insensata elegiria
á la sola sospecha de perderle.
Vernulfo.
VERN. Mi señor.
SIJER. ¿Esas entradas...
VERN. Guardadas quedan por soldados fieles.
SIJER. ¿Corromper su lealtad...
VERN. Es imposible.
SIJER. ¿Comprándolos con oro?
VERN. No lo intentes.
SIJER. Vernulfo.
VERN. Mi señor, antes que sigas,

sagaz y cauto como es justo advierte
que si tus planes contra el Rey dirijes,
sujetándome aquí te comprometes.

SIJER. Has dicho bien, Vernulfo; en mi palacio
espérame.

VERN. Lo haré.

SIJER. Ruido de gente
en la cámara escucho.

VERN. Nada temas.

SIJER. Los pasos se aproximan.

VERN. Señor.

SIJER. Vete.

ESCENA II.

SIJERICO.—EURICO.

EURICO. ¡Aun estás en Barcino?

SIJER. Tu mandato
irrevocable, y para mí solemne,
por término me dió la media noche
y libre soy de obrar hasta que llegue.

EURICO. Pero pisar escusa el régio alcázar
quien torpes lazos al monarca tiende.

SIJER. Desoyes la razon, ilustre anciano;
y aunque llevas de sábio y de prudente
la merecida palma, no rehuses
que un jóven poco sábio te aconseje.
Si fuego lento al agua se le aplica,
al amor de la lumbre se adormece,
pero al impulso de voraces llamas
en poco tiempo borbotando hierve.

EURICO. ¿A la traicion renuncias?

SIJER. Tú lo dices.

EURICO. ¡Imposible, imposible!

SIJER. Tú lo crees.

EURICO. Tu lábio se resiste á la mentira.

SIJER. Un hombre bien nacido nunca miente.

EURICO. Hoy blasonas de noble y temerario.

SIJER. Mi valor y nobleza son mis bienes.

EURICO. Huye ó teme las iras de Athaulfo.
SIJER. El temerario y noble nunca teme.
EURICO. Sigueme.
SIJER. ¿A la prision?
EURICO. Te amé en la cuna,
y fuera de Barcino quiero verte.
Sígueme á mi morada: á mi caballo
pondré con firme mano los jaeces;
azota sus hijares, Sijerico,
y á rienda suelta los espacios hiende.
SIJER. Anciano, al real alcázar te sujetan
tu amor al rey, tu edad y tus deberes,
y para estar aqui tengo razones
que un servidor del Rey justo es respete.
EURICO. No las sé, Sijerico, y á Dios juro
que sin adivinarlas me estremecen.
SIJER. Retirado me hallaba en mi palacio
resuelto á obedecer sumisamente
tus órdenes; de parte de Athaulfo
un mensagero llega y me previene,
que el benigno monarca de los godos...
EURICO. Prosigue.
SIJER. Que el monarca desea verme.
EURICO. ¿Y acudes á la cita?
SIJER. Desarmado,
cual súbdito sumiso y obediente.
EURICO. ¡Sijerico!
SIJER. Te juro que no oculto
espada ni puñal, me entrego inerme
en manos del monarca.
EURICO. Bien conoces
que á traicion el monarca nunca hiere.
Mi palabra te di, sabré cumplirla:
pero ni un solo instante olvidar debes,
que si al lucir la estrella de Barcino
los muros no dejaste, voz doliente
denunciará tu crimen: y su acento
podrá ser la sentencia de tu muerte.

ESCENA III.

SIJERICO.

Anciano, para el hombre que ambiciona
de un odioso rival tomar venganza
y á su frente ceñir régia corona,
tres horas son un siglo de esperanza.
Para el ánimo firme, osado, fuerte,
que en sus brillantes sueños se abalanza
en pos de cetro sin temer la muerte,
tres horas son un siglo de ventura,
que pueden eternizar propicia suerte.
Aqui el trono ó aqui la sepultura.
Tu sangre fresca está, valiente hermano;
como se lanza el tigre en la espesura
al javalí ó á tórtola el milano,
caeré sobre el monarca con encono;
y al clavar mi puñal en el tirano,
pondré mi pié sobre su escelso trono.

ESCENA IV.

SIJERICO.—ATHAULFO.

ATHAUL. Sijerico.
SIJER. Señor.
ATHAUL. ¿Desde que ciño,
sucesor de Alarico, la corona,
algun guerrero como tú ha gozado
distincion y poder, riqueza y honra?
SIJER. ¿Señor, desde que gefe de los godos
acaudillas sus huestes vencedoras,
alguno, mas que yo, blandió su espada
mayor parte tomando en tus victorias?
ATHAUL. Ninguno.
SIJER. Pues ninguno llevar debe

mas rayos de tu fúlgida aureola.

ATHAUL. Bien sé que desde Tánais hasta el Brento
á tu paso quedó la tierra roja
con la sangre romana, y que lo mismo
sucedió desde el Brento hasta Narbona;
á tu empuje rodando los guerreros
como al del huracan las secas hojas.
No pido mas valor á quien valiente
al son acude de guerrera trompa;
ni en las venas circula de cobardes,
tú lo sabes muy bien, la sangre goda.
Pero si pido de lealtad mas pruebas
á quien solo ha encontrado en mi persona
un escudo en la guerra, y en las paces
quien con él parta la radiante gloria.

SIJER. Tus palabras, señor, ofender deben
á quien desde las selvas de la Gotia,
soldado de Alarico ó de Athaulfo,
de fiel guerrero y capitan blasona.
¿Cuándo al rey ofendí?

ATHAUL. ¿Cuándo? ¿Tan pronto
olvidas de una ofensa la memoria,
que no recuerdas la que al Rey hicistes
y han pasado ¡por Dios! muy breves horas?

SIJER. Sin duda no ofendí, pues las ofensas
de la mente de un godo no se borran.

ATHAUL. ¿Quién pisó, Sijerico, este palacio,
acaudillando descontenta tropa?

SIJER. Yo.

ATHAUL. ¿Quién pidió arrogante á su monarca
encarnizada guerra contra Roma?

SIJER. Yo fuí.

ATHAUL. ¿Quién desechando mis razones
nuevamente insistió?

SIJER. Yo.

ATHAUL. ¿Y aun ignoras
la ofensa?

SIJER. Si fué ofensa recordarte
que los valientes godos ambicionan
por límites tener de sus dominios
los que el divino Alcides puso á Europa,
y que grandes deberes al monarca
impone el régio manto que le adorna,

muchas ofensas, sin temor lo anuncio,
oirás, Rey de los godos, de mi boca.

ATHAUL. ¡Sijerico!

SIJER. Los hijos de los bosques
alejan de sus lábios la lisonja.

ATHAUL. Y de sus pechos el honor alejan
cuando muerden la mano que les honra.

SIJER. No te comprendo.

ATHAUL. Yo tambien la cuna
de encinas seculares á la sombra
tuve, y á mis gemidos respondieron
el oso bravo y la salvaje loba.
Tambien sé, como tú, lejos del labio
la mentira poner de un godo impropia,
y á Sijerico, de los gefes gefe,
de traicion acusan.

SIJER. Hazaña poca
es para tí, señor, una calumnia
en mis hombros echar, que no me agovia.

ATHAUL. Sijerico, bien sé que tus palabras
cubren con apariencias engañosas
crímenes, que, so máscara brillante,
ambicion y perfidias atesoras...

SIJER. Y tú, Rey, á las plantas del romano
arrastrándote llegas, cual las ondas
de adormecido mar.

ATHAUL. ¡Basta!

SIJER. Te humillas
y á Honorio Augusto prosternado adoras.

ATHAUL. ¡Sijerico!

SIJER. Por lúbricos amores
á Remismunda dejas, á tu esposa
y al tálamo nupcial llevas un crímen
que á crímenes mayores eslabonas.

ATHAUL. ¡Sijerico!

SIJER. ¿No ves que los guerreros
jamás consentirán ¡oh Rey! que pongas
tu mano entre las manos de los Césares?
¿No ves que por sus ojos sangre brotan,
contemplando en tu lecho una romana,
cuando en palacio Remismunda llora?
¿No escuchas cómo mandan que la tregua
con el emperador Latino rompas,

que abandones á Gala, que recibas
á la mujer amante que abandonas?

ATHAUL. ¡Sijerico, jamás! ¿Abandonarla!
¿Qué has pronunciado? Rios de sangre corran
entre godos y godos, y levanten,
como la mar, embravecidas olas.
Ella es mi luz, mi vida, mi esperanza:
la estrella amiga que entre nubes rojas
resplandece ; primero que perderla
apuraré de tósigo ancha copa,
y mi pecho desnudo á cien puñales
presentaré.

SIJER. Los godos.

ATHAUL. ¿Qué me importan?
Vengan á mí, cobardes y traidores:
tengo espada y un brazo que la abona.
Vengan ; de su locura despeñados
rodarán al abismo, airada tromba,
y torrente sin cauces y sin diques
quedará roto en empinadas rocas.

SIJER. Te engañas...

ATHAUL. Basta ya.

SIJER. Sin que á mi labio
con airado ademan silencio impongas...

ATHAUL. ¡Sijerico!

SIJER. Verdades que te aflijan
escucharás.

ATHAUL. Ya mi paciencia agotas
¡gefe de los rebeldes! A mis plantas
postrada tu cerviz veré orgullosa,
y arrancarte sabré la torpe lengua
que á un rey y á un bienhechor infame enoja.
Arrodíllate.

SIJER. Nunca.

ATHAUL. Sijerico,
á mi mano la espada viene pronta.
(Desnudándola.)

SIJER. *(Presentando el pecho.)*
Hiere: hermano de Saro soy.

ATHAUL. *(Agitado.)*
¡Silencio!

SIJER. No muy lejos de aquí su sangre brota

ATHAUL. ¡Silencio!

SIJER. Diez mil hombres tú llevabas
y quince nada mas eran su escolta.
ATHAUL. ¡Silencio!
SIJER. Le mataste.
ATHAUL. Sí, ¡silencio!
SIJER. Frente á frente te dejo con su sombra.

ESCENA V.

ATHAULFO.

¡Saro, Saro cruel! ¿por qué persigues
á quien huye de tí? ¡Sombra implacable
aléjate, detente; no me ostigues
con pertinaz mirada formidable!
Te hirió, Saro; te hirió mi airada mano
y te venga roedor remordimiento.
Eras godo: por raza eras mi hermano,
y puse á tu carrera fin sangriento
en servicio de Honorio, de un romano.
Tienen razon, aproveché mis brios
en preparar la ruina de los mios.
(Pausa.)
Pero no: tú tambien, Saro, seguiste
el águila imperial de Augusto Honorio:
y contra Radagasio le serviste
su poder encumbrando hasta el emporio:
y ausilar mercenario del Latino
heriste á Neobigasto y á Justino.
Tú desnudaste la homicida espada
contra Alarico, que triunfante asoma,
y no pudo impedir tu diestra armada
que ardiera en llamas la soberbia Roma.
Tú al César de Occidente abandonando,
amigo infiel, en su fatal destino,
recibes sus tesoros y su bando
dejas, para seguir el de Jovino.
No me persigas, no: vana porfia,
culpa tuya antes fué la culpa mia.
(Pausa.)
Huye lejos, fantasma, ¿qué pretendes?

¿Haces causa comun con mis guerreros?
¿Tu proteccion á los traidores vendes?
¿Sus bélicos espíritus enciendes,
y tiñes con tu sangre sus aceros?
¿Quieres parte tomar en su perfidia,
separarme de Roma y de Placidia
y otra vez conducirme á mis desiertos?
No lo esperes, fantasma; yo la adoro,
y no podrán robarme mi tesoro
airados vivos, ni sañudos muertos.

ESCENA VI.

ATHAULFO.—GALA PLACIDIA.

GALA. Señor.
ATHAUL. Gala en mi seno cariñoso,
que palpita por tí, descansa, hermosa,
y en los amantes brazos del esposo
dulces lazos de amor recibe, esposa.
GALA. Tu esclava soy, señor.
ATHAUL. ¿Tú esclava mia?
Eres la luz que mi existencia guia.
¿Tú esclava? Como el sol en el Oriente,
sobre brillante trono de topacios,
puedes correr, hermosa, los espacios,
y con rayos de luz ceñir tu frente.
Puedes alzar tu magestuoso vuelo,
águila audaz, hasta tocar al cielo.
GALA. Gracias, señor.
ATHAUL. ¿Por qué tus negros ojos
del cielo de mi amor, claros luceros,
ya tristeza revelan y ya enojos?
¿Por qué ahogando gemidos lastimeros
sin que el dolor á mi cariño ceda,
lágrima turbia en tu megilla rueda?
GALA. Sois para mí, señor, un tierno esposo
de bondad lleno, de sin par ternura.
Me brindais los placeres y el reposo...
ATHAUL. A mi lado no encuentras la ventura.
¿Qué quieres? dí. Tu frente real domina,

como á cabaña rústica el castillo
que orgulloso se eleva en la colina;
como á las olorosas y el tomillo,
reina del monte, la gigante encina.
Señora de mi amor, ante tus plantas
verás á cien osados campeones,
y si el pié en otros reinos adelantas,
á tus piés postraránse las naciones.
Llamaré á mis guerreros iracundos,
y en tierra, ó á la mar dando mis lonas,
abriré con la espada nuevos mundos,
para dar á tu frente sus coronas.
Y reina de cien mundos...

GALA. El acero
no brille por mi causa, en sangre tinto;
en pacífico hogar viva el guerrero,
pues basta á mi ambicion este recinto.
No quiero ver ciudades incendiadas,
como ví, por mi mal, la ciudad mia,
ni que lloren doncellas desoladas
con el mismo dolor que yo sentia.
No quiero que al compas de sus cadenas
otras mujeres giman en desiertos;
encontrando motivos á sus penas
en campos de cadáveres cubiertos.
Si asentada en lo excelso de tu trono
temo de tus indómitos vasallos
la sed de sangre y matadora saña,
cuánto debo temer su ciego encono
cuando animen furiosos sus caballos,
é inunden, mar de muerte, la campaña.
No contemplaré, no, su marcial brio,
pues aquí mismo tiemblo, esposo mio.

ATHAUL. ¿Te aterran mis guerreros?...

GALA. Sí.

ATHAUL. Placidia,
¿vives entre temores...

GALA. Lo confieso.
Blanco soy de los celos y la envidia.

ATHAUL. Y de un amor que raya en el esceso.

GALA. Pero ese mismo amor...

ATHAUL. Si temes, Gala,
rústico albergue á nuestro amor señala.

ESCENA VII.

ATHAULFO.—GALA PLACIDIA.—REMISMUNDA, *que viendo á los dos se detiene á la puerta de su aposento.*

GALA. Señor, lejos de aquí.
ATHAUL. Purpúreo manto
trocaré sin dolor por toscas pieles;
mi trono formará tu dulce encanto
y guirnaldas de rosas mis donceles.
Yo ceñiré tu negra cabellera
con fragantes coronas de jazmines:
triscaremos, hermosa, en la pradera,
y despues en los rústicos jardines,
cuando el sol se sepulte en occidente,
sobre mi seno ocultarás tu frente.
Huyamos, Gala.
GALA. No. Bosques umbrios
dieron albergue á tus primeros años,
y les tienes amor: pasé los mios
en Roma y á los bosques son estraños.
Me presentas su mágico embeleso,
su salvaje grandeza y hermosura,
pero nunca en los bosques, lo confieso,
podré tener mis sueños de ventura.
Para encontrar hermoso el azul cielo,
tachonado de estrellas, y el sonoro
y dulce murmurar del arroyuelo...
ATHAUL. Es preciso adorar como te adoro:
sentir arder la inestinguible llama,
que arde en mi corazon.
REMISM. (Cuánto la ama!)

ESCENA VIII.

ATHAULFO.—PLACIDIA.—REMISMUNDA *al dintel de su estancia.*—SIJERICO *que asoma á la puerta del fondo, retrocede para ocultarse.*

ATHAUL. No llores: otra vez lágrima ardiente
á tu pupila de azabache asoma,
y su brillo se nubla de repente.
¿Por qué lloras, Placidia?
GALA. Por mi Roma.
ATHAUL. ¡Siempre Roma! Su nombre es mi tormento,
y otra Roma es Barcino. Mira, Gala,
recorre este palacio de aposento
en aposento, sí; de sala en sala,
Nada hallarás en él, que la rudeza
atestigüe del Vándalo y del Godo:
es romano su lujo y su grandeza,
romano su explendor, romano todo:
y en el ámbito encuentras de Barcino,
templos, sepulcros del poder latino.
Por tí; en mis hombros el purpúreo manto
y no la tósca piel de tigre ondea:
por tí, á mis huestes doy reposo tanto,
aunque piden furiosas la pelea:
por tí, quizás, acerca cruda suerte...
GALA. ¿Qué, señor?
ATHAUL. El instante de mi muerte.
GALA. ¡Oh, qué horror!
ATHAUL. Si al mirar mi pecho herido
no eres, Placidia, á compasion estraña:
si de tu pecho exhalas un gemido
y el llanto del dolor tu rostro baña...
GALA. Señor.
ATHAUL. En el horror de la agonia
bendeciré tu nombre, Gala mia.
GALA. ¡Oh, por piedad, vivid! ¿Abandonada
á la merced de bárbaro guerrero
quedar, sin la defensa de tu espada?
No morirás, esposo: yo no quiero.

ATHAUL. ¿Me amas, Gala, quizás?..
GALA. Esposo mio.
ATHAUL. ¿Me amas, Gala, perdona: desvario.
GALA. Señor.
ATHAUL. Basta: jamás mi loco empeño
confundirá de amor nuestros suspiros:
mi pasion recompensa tu desdeño,
mas de la envidia á los cobardos tiros
recibiré la muerte sin enojos,
si tú por compasion cierras mis ojos.

ESCENA IX.

REMISMUNDA *sale furiosa de su estancia, para dirigirse al aposento en donde se han entrado los esposos.*—SIJERICO *la cierra al paso.*

REMISM. Detente: tanto amor, tanta ternura
ahogara un mar de ennegrecida sangre,
y el fuego que devora mis entrañas...
SIJER. Calla ¡infeliz! y el paso no adelantes.
REMISM. Escuché sus palabras, sus protestas,
el mar de amor que no conoce cauce;
y el volcan de mi pecho, Sijerico,
abrir pretende de una vez su cráter.
SIJER. ¡Infeliz Remismunda! bien conozco
lo inmenso del dolor que te combate.
Soy tu amigo, tu hermano, ¿qué deseas?
REMISM. ¡Odio á Placidia!
SIJER. Bien.
REMISM. ¡Quiero vengarme!
SIJER. Vela y te vengaré, triste consorte;
vela y te vengaré, burlada amante.
REMISM. ¿Me vengarás?
SIJER. Hermana, yo prometo
á las sagradas sombras de mis padres
perecer, como bueno, en lo demanda,
ó de Placidia adúltera vengarte.
REMISM. ¿Cómo!
SIJER. De tus estancias una puerta

dá paso hasta la entrada de una nave
oscura, y esta noche, Remismunda,
atravesar me es fuerza sus umbrales.

REMISM. ¿La matarás?

SIJER. Lo juro.

REMISM. ¿Mi venganza?...

SIJER. Cumplida quedará.

REMISM. Toma la llave.

(*Se la dá.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La decoracion de los anteriores.

ESCENA PRIMERA.

REMISMUNDA, *sentada en almohadones de púrpura, y Theolinda, niña de cinco años, dormida en su regazo.*

REMISM. Duerme en sueño inocente, beldad mia,
sin que tu frente empañe densa nube,
ni las brillantes perlas de tus ojos
por tus megillas de clavel circulen.
Duerme, amor que alimentas mis amores
bajo el abrigo de la real techumbre,
y tu aliento purísimo en mis labios
al recio aliento del dolor se adune.
(Besándola. Pausa.)
Huérfana en el alcázar de tu padre,
holocausto de amor, víctima ilustre,
para que luzca tu infantil sonrisa
no siempre basta que mi amor te arrulle.
Y en tanto que mis ojos en tus ojos
buscan de claro sol la pura lumbre,
y mi labio en tus labios virginales
de rosa matinal rico perfume,

con ahogados lamentos, amor mio,
mis engañosos sueños interrumpes.
(Pausa.)
¡Qué hermosa estás! Tu rostro de azucena
matizan por do quier venas azules,
(Abrazándola.)
y en un mismo latido, en uno solo
nuestros dos corazones se confunden.
A tu lado, dulcísimo embeleso,
cuántos fantasmas pavorosos huyen,
y, Sisifo incansable, la atroz carga
de mi eterno dolor llevo á la cumbre.
(Se levanta.)
Duerme, divino amor de mis amores,
sin que mis ayes tu reposo turben,
ni turbio llanto de tus negros ojos
en copioso raudal empañe el lustre.
(Pausa.)
»Vela y te vengaré, burlada amante,»
repite de esta estancia el eco lúgubre.
»vela y te vengaré.» Morirá Gala...
Bajo mi planta el pavimento cruje
al pensarlo. ¿Y si el fiero Sijerico
en el pecho del rey el puñal hunde?
No: jamás! yo le adoro. Mi venganza
puede darle la muerte... Que denuncie
á Sijerico... ¿Denunciarlo? ¡Nunca!
Movido de mi grande pesadumbre
su brazo y su valor me ofreció noble...
¿Denunciarlo? ¡Jamás! Las sombras cubren
el horizonte: pálidas estrellas
con manto de dolor velan sus luces,
retumba el trueno, con su fuego el rayo
horror al alma y compasion infunde.
Ansío vengarme, y en las sombras temo
que la venganza con su horror me abrume.

ESCENA II.

REMISMUNDA.—THEOLINDA, *dormida.*—EURICO.

EURICO. Remismunda.
REMISM. ¿Quién llega? ¡Padre mio!
EURICO. Aún no reposas tu abrasada frente.
REMISM. ¿Reposar yo? Mi amante desvario
tregua al dolor un punto no consiente;
ni á mi eterno pesar, á mi amargura
instantes de ilusion ni de ventura.
EURICO. Espera.
REMISM. Noche de contínuo duelo,
de celos y dolor lúgubre dia,
horas de soledad y desconsuelo,
penas, ansias, quebrantos y dolores,
y un siempre de locura y agonía
son la bella ilusion de mis amores.
EURICO. ¿Y al mirar la purísima azucena,
que allí reposa en apacible sueño,
no se calma lo agudo de tu pena
del maternal amor con el beleño?
¿Tu corazon no late de alegría
si en tu pecho la oprimes?..
REMISM. ¡Hija mia!
EURICO. Esa palabra tu mortal quebranto
debe calmar y tu doliente lloro
de tan divino amor con el encanto.
REMISM. No: cuando al Hacedor sumisa imploro,
mi Theolinda, mi dicha, mi tesoro,
sus lágrimas confunde con mi llanto.
EURICO. ¿Ella llora tambien?
REMISM. Plegaria pia
con labio balbuciente á Dios dirije:
procura consolarme, el alma mia,
y el pecho de una madre mas aflige.
Recuerda las caricias de su padre,
y por él me pregunta.
EURICO. ¡Infeliz madre!
REMISM. ¡Infeliz! y los ángeles del cielo

envidiarán, celosos, mi ventura.
¡Infeliz! y cruzara en raudo vuelo,
signo de luz la celestial altura,
si el esposo y el padre comprendiera
lo intenso de mi amor.

EURICO. Espera, espera.

REMISM. ¡Esperanza falaz! Escucha, anciano,
y compadece mi dolor violento.

EURICO. Habla.

REMISM. Aquí.

EURICO. ¿Qué?

REMISM. Al monarca mire ufano...

EURICO. Prosigue.

REMISM. Desgarrarse mi alma siento.
Al Rey ví, que radiante de contento,
besaba á mi rival la blanca mano.

EURICO. ¡Infeliz!

REMISM. Y en su labio tembloroso
cuanto tiene el amor de tierno y puro
escuché: la adoraba, amante esposo,
y...

EURICO. ¿Tú misma le viste?

REMISM. Yo, lo juro.
Pero de la rival que me provoca
toda la sangre beberé.

EURICO. ¿Estás loca?

REMISM. ¿No es ella la que aparta de mi lado
al hombre que me amó con fé sincera?
¿No es ella la que el alma me ha robado
de quien mi único bien, mi dicha era?
¿No es ella quien el llanto ha derramado
de mi Theolinda, en fin?

EURICO. Espera, espera.

REMISM. ¿Es tiempo de esperar?

EURICO. Sí.

REMISM. Padre mio,
hablad. Si con palabras de consuelo
mitigais mi dolor, hondo y sombrío,
un ángel, para mí, sereis del cielo:
pues por mas que en horrenda lid batallo,
motivo de esperanza jamás hallo.

EURICO. Escucha, y graba bien en tu memoria
lo que voy á decirte: mucho afana

el godo por volar á la victoria
y un obstáculo encuentra en la romana.
Sus iras crecen, su salvaje encono,
y llegan rebramando al pié del trono.

REMISM. ¿Y qué puedo esperar?

EURICO. Que el rey movido
con el airado son de mil clamores,
preste al ruego y la queja atento oido:
que á Placidia dejando y sus amores,
á la esposa infeliz, que pena y gime,
con amor pague su pasion sublime.

REMISM. ¿Y quién por mí, señor, al Rey mi esposo
osará interesar?

EURICO. Yo.

REMISM. ¿Tú? ¿su ira
arrostrarás por mí?

EURICO. Sí.

REMISM. ¿Valeroso
no temerás su enojo?

EURICO. ¿La mentira
alguna vez mi labio...?

REMISM. No... dudoso
en árido arenal la fuente mira
el sediento una vez, y otra la arena
toma por arroyuelo cristalino.

EURICO. ¿Dudas?

REMISM. No: dí al monarca mi honda pena.
En tus manos entrego mi destino,
en su pecho cruel mi pasion grava,
y á tus piés me verás como una esclava.

EURICO. Todo lo intentaré.

REMISM. Señor, alcanza
mi lacerado corazon sosiego
á tu voz, y mi espíritu esperanza.
¿Pero el monarca atenderá mi ruego?

EURICO. Sí. Oigo pasos, retírate, hija mia,
y en lo sagrado de tu causa fía.

(Remismunda se entra en su aposento dejando á su hija en la escena; Eurico se dirije á la cámara del Rey y este se presenta en el dintel.)

ESCENA III.

ATHAULFO.—EURICO.—THEOLINDA, *dormida colocada de modo que el rey no pueda verla.*

EURICO. Señor.
ATHAUL. Ilustre anciano, ¿aquí te encuentro,
ya que cerradas miro esas salidas,
y con paso veloz la noche avanza
para entregar su cetro al nuevo dia?
EURICO. Bien sabes tú, señor, que de esas puertas
esta llave la entrada facilita:
y justo es, si tú velas, que yo vele
junto al tálamo real.
ATHAUL. Mucho me obliga
tu lealtad, noble Eurico, cuando cercan
mi palacio traidores, y á porfía,
para mi trono hundir y mi corona
arrancarme, mil pérfidos conspiran:
en todo su valor estimo, anciano,
tu lealtad, tus desvelos y tus fatigas.
EURICO. ¿Y sabiendo que solo á tu servicio
consejo y brazo el servidor dedica,
que al esplendor del trono y del monarca
á la felicidad lleva sus miras;
oirás benignamente los consejos
que su amor y lealtad, señor, le dictan?
ATHAUL. ¿Tienes que hablarme?
EURICO. Sí.
ATHAUL. ¿Nuevas traiciones
traman contra mi trono?
EURICO. Una noticia
circula, que debiera en el secreto
algun tiempo quedar.
ATHAUL. Anciano, díla.
EURICO. Solo tú y yo, señor, saber debimos
que el general romano su aguerrida
hueste, á marchas forzadas adelanta,
salvando del Pirene la alta cima.
Solo tú y yo, señor, saber debiéramos,

que los pasos siguiendo á la Latina
hueste, contra los Hunnos y los Vándalos
combatirá tambien la nuestra invicta.

ATHAUL. ¿Y quién pudo?

EURICO. Vernulfo solamente
pudo traicion hacernos.

ATHAUL. ¿Y respira?

EURICO. En estrecha prision guardado queda
del monarca esperando la justicia.

ATHAUL. ¿Ha confesado su tremendo crímen?

EURICO. En negarlo, señor, firme se obstina.

ATHAUL. ¿A quién pudo decirlo?

EURICO. Es un misterio.

ATHAUL. ¿Por quién á tí llegó?

EURICO. Por la contínua
queja, que los guerreros no recatan,
y aun con ruda altivez fieros publican.

ATHAUL. ¿Qué quejas dan?

EURICO. Se niegan bravamente
á bañar en su sangre las campiñas
de los Vándalos, Hunnos y Suevos.

ATHAUL. Marcharán á la lid: necios meditan
esclavizarme á su poder, conozcan
que á un hombre con valor no se esclaviza.

EURICO. Repórtate, señor; y aunque merezca
mi franco proceder las reales iras,
un consejo he de darte: con él clavo
mas en mi corazon punzante espina.

ATHAUL. Anciano, ya te escucho.

EURICO. Los guerreros
por instantes, señor, fieros se irritan,
y, como opaca nube, lanzan rayos
présagos de trastornos y desdichas.
Podrás parar con diques el torrente
que bramando á tu trono se aproxima;
pero caerán los diques desplomados
y quedarás envuelto entre sus ruinas.
Conozco tu valor: sé que pretendes
civilizar el pueblo que acaudillas;
mas ¡ay! tambien del sufrimiento godo
se llena fácilmente la medida.
No basta que pretenda un rey ilustre
de su pueblo labrar por sí la dicha,
es preciso que el pueblo la conozca

y que esté bien dispuesto á recibirla.
Esclavo del romano te contemplan;
muchos presumen que tu diestra invicta,
cansada de blandir potente acero
en ocios de placer se debilita,
y el respeto que al héroe profesaban
del monarca pacífico retiran.
El valor es prudente, temeraria
es mil veces y mil la cobardía,
y no será de reyes el modelo
quien siempre al voto general resista.
Guerra piden los gefes contra Roma;
la ocasion, no lo dudes, es propicia:
en vez de unir tus huestes á Constancio
únelas á esas gentes peregrinas,
que abandonaron sus incultas selvas
de tribus mas guerreras perseguidas.
Tu voz escucharán: gruesas falanges,
ansiosas de venganza y de rapiña,
se unirán á tu hueste: del romano
el paso detendrás; y en sangre tinta,
como brilló en las Galias, rey valiente,
brillará en las Españas tu cuchilla.

ATHAUL. Basta, Eurico: no es sábio ni es honrado
quien friamente aconseja una perfidia.

EURICO. Castígame, señor; mas no desoigas
la voz de mi lealtad. Piénsalo, envia
al general romano un mensajero:
dile: que la paz rota, se aperciba
á la lid, que tu diestra armipotente
de la diestra de Honorio se retira:
y porque nada quede del romano
el mensajero llevará á Placidia.

ATHAUL. ¿Qué has pronunciado, Eurico?

EURICO. Que los godos
ven, con justo dolor, triste, marchita,
la hermosura salvaje de una hermana
mientras Gala...

ATHAUL. ¡Silencio, no prosigas!
Tú solo eres traidor, tú: tú, tú solo
de mi felicidad tienes envidia.
Tú solo eres traidor, eres cobarde:
tú, fiera de los bosques, te encarnizas

contra una mujer débil, blanca rosa
que al blando soplo matinal vacila.
Tú solo eres traidor; tú no eres hombre:
tu ancianidad, tus canas me lastiman;
y no lavo mis manos en tu sangre,
por el temor de no encontrarla tibia.

EURICO. Señor, escucha.

ATHAUL. ¿Mi furor no temes?

EURICO. Si no atiendes mi voz.

ATHAUL. No quiero oirla.

EURICO. Quizá la muerte si desoyes.

ATHAUL. Venga,
pero líbrame al menos de tu vista.

EURICO. Escúchame, señor.

ATHAUL. Huye.

EURICO. A tus plantas,
y abrazando sumiso tus rodillas,
nuevamente te ruego.

ATHAUL. Basta, Eurico.
Levántate, ¿qué dudas? ¿qué vacilas?
(Cogiéndole del brazo.)
Franca tienes la puerta.
(Abriéndole la que le dió entrada.)

EURICO. Escucha.

ATHAUL. Anciano,
tigre harás al leon si así lo irritas.

EURICO. Mátame y oye.

ATHAUL. *(Echándolo de la escena.)*
Nunca.

EURICO. Tus guerreros...

ATHAUL. Son los reptiles que mi planta pisa.
(Cerrando la puerta.)

ESCENA IV.

ATHAULFO.

¿Con ira contra mí su voz levanta,
traidor tambien, el venerable anciano?
¿Por qué tanta altivez, bravura tanta?
Pues si á una sierpe acarició mi mano,
hundirse la veré bajo mi planta.
Vengan á mí cobardes y traidores:
ni el ciego encono ni sus iras temo:
no detendrán mi paso sus furores:
antes que renunciar á mis amores
pondré en sus manos el poder supremo.
(Pausa. Viéndola.)
¿Mas qué miro? ¡Theolinda! cuán tranquila
duerme del sueño en maternales brazos:
las lágrimas no empañan su pupila:
no tiene un pensamiento que aniquila,
ni siente el corazon hecho pedazos.
¡Feliz edad! ¡Qué cándida, qué hermosa
apareces con mística alegría!
Me encanta tu sonrisa candorosa,
que los pétalos mueve de una rosa.
Descansa sin afanes, hija mia.
(La besa y se aparta.)
¡Gala! ¡Gala! por tí, que no me amas,
cerré mi pecho á paternal ternura.
Es mi amor para tí, feroz locura.
Cada vez mas mi corazon inflamas.
¡Fatal! ¡fatal poder de la hermosura!

ESCENA V.

ATHAULFO.—REMISMUNDA.

REMISM. Señor.
ATHAUL. ¿Quién interrumpe?
REMISM. Yo; tu esposa.
ATHAUL. ¿Qué pretendes?
REMISM. Tu amor.
ATHAUL. Tenaz porfia.
REMISM. Si en las frondosas selvas fuí tu rosa
y en rústica cabaña tu alegría,
¿por qué no amar á quien llamaste hermosa?
ATHAUL. Déjame por favor.
REMISM. Cuán inocentes
las floridas praderas recorrimos,
siguiendo los arroyos transparentes!
¡Cuántas veces, recuérdalo, ceñimos
de laurel y de rosas nuestras frentes!
El laurel para tí, porque guerrero
te embriagaba, recuérdalo, su aroma
y un alazan ansiabas y un acero;
las rosas para mí, pues dí paloma
nido de flores á mi amor primero.
ATHAUL. Remismunda.
REMISM. ¿Recuerdas cuando armado
del arco tosco y la veloz saeta
me presentabas el faisan pintado,
y reposo tomabas á mi lado?
ATHAUL. Nada recuerdo.
REMISM. ¿Cuando á tí sujeta
por un oculto lazo, te seguia
sobre barca veloz en la laguna,
y con amantes brazos te ceñia
á la brillante luz de hermoso dia,
ó al pálido fulgor de blanca luna?
ATHAUL. Basta.
REMISM. No basta, no: con rudo ceño
me desprecias, cruel, mas no perece
mi amor, al contemplar tu duro empeño,

y á medida que crece tu desdeño,
para darme la muerte, mi amor crece.
Bien sé que á otra idolatras, que al olvido
me has dado, que, en mi mísero abandono,
ni un recuerdo de amor he merecido:
que has tu diadema á otra mujer ceñido,
arrojándome, ingrato, de tu trono.
¡Cuánto sufro por tí! cuánto suspira
en el silencio y soledad mi alma,
ya ardiendo en celos, ya tronando en ira,
ya codiciando la perdida calma!
Mas olvida mi enojo, esposo. Mira,
si bajas hasta mí tus dulces ojos,
si palabras de amor oigo en tu boca,
si arrancas de mis celos los abrojos,
soy amante tan tierna, estoy tan loca,
que acabarán al punto mis enojos.
Besaré sollozando tus megillas,
enlazaré mis brazos á tus brazos,
y anudando de amor los rotos lazos
dejaré de adorarte de rodillas
para morir de amor en mil abrazos.
(*Intenta abrazarlo.*)

ATHAUL. Aparta, Remismunda; las memorias
que mas inflaman tu entusiasmo ardiente,
aleja, te lo ruego, de tu mente.

REMISM. Ellas son mis consuelos y mis glorias,
mi vida, y en tus brazos...
(*Intentando de nuevo abrazarlo.*)

ATHAUL. No: detente.
Nada nos une, nada. ¿Quién diria
que con ruego importuno?..

REMISM. Lazo eterno
nos acerca, señor.

ATHAUL. ¡Tenaz porfía!

REMISM. Nuestro pasado amor.

ATHAUL. Es un infierno.

REMISM. Nos unirá por siempre la hija mia.

ATHAUL. Remismunda.

REMISM. Tu pecho conmovido
de paternal amor, revela al padre,
y á mi súplica al fin darás oido.

ATHAUL. No.

REMISM. *(Llevándole al lecho de Theolinda.)*
Un ángel nos espera aquí dormido,
y yo, que te suplico, soy su madre.
No soy yo quien te ruega, es nuestra hija,
pura flor cuyo cáliz no colora
cuando despunta su risueña aurora.

ATHAUL. *(Conmovido.)*
Remismunda.

REMISM. Perdona que te aflija.
Por su padre, por tí, Theolinda llora.

ATHAUL. *(Violentándose.)*
No mas.

REMISM. Por ella solo, sí; por ella
llega hasta tí mi doloroso ruego.
Cuenta un lustro no mas; es dulce, bella,
y á los cielos dirije su querella,
y derrama á su edad llanto de fuego.

ATHAUL. (*Con dureza que oculta su emocion.*)
¡Basta!

REMISM. No basta, no; ¿por la romana
llorar con tierno llanto el amor mio?
¿Marchita de dolor mi flor temprana
por Placidia mirar? en tigre hircana
me cambiará mi ardiente desvarío.
Tú no puedes hacerlo, tú no quieres
infamia cometer tan vergonzosa.
Theolinda es hija tuya, soy tu esposa.

ATHAUL. Adoro á Gala.

REMISM. Mónstruo horrendo eres.

ATHAUL. Y Placidia es tan dulce tan hermosa.

REMISM. ¡Ah!

ESCENA VI.

ATHAULFO.—REMISMUNDA, *que separándose de Theolinda se adelantan en el proscenio.*—SIJERICO, *que aparece en la puerta de las habitaciones de Remismunda, y se oculta rápidamente.*

ATHAUL. Recuérdala bien: brilla en sus ojos
del mas radiante sol puro destello:
baja en pulidas trenzas su cabello,

templo dan al amor sus lábios rojos,
y la mano de amor formó su cuello.
Su rostro virginal es rosa y nieve;
su voz es á la par dulce y sonora;
su talle esbelto en suma, su pié leve...

REMISM. ¡Por piedad, por piedad!

ATHAUL. Todo conmueve.

REMISM. ¡Por piedad, por piedad!

ATHAUL. Todo enamora.

REMISM. *(Con amarga ironía.)*
Sí, lo comprendo bien; es la hermosura
de esa fatal mujer radiante llama
que en las aras de amor destella pura;
que aumenta cada instante tu locura,
que mas y mas tu corazon inflama.
¡Oh! lo comprendo bien: motivos tantos
tengo, rey de los godos, para... amarla,
que cuento sus sonrisas y sus llantos,
conozco uno por uno sus encantos,
y yo tambien pudiera retratarla.
Una rosa de cándido atavío,
lo confieso sin pena, en Gala tienes;
pero solo consigues su desvío.

ATHAUL. Y crece mas y mas el amor mio
á medida que aumenta sus desdenes.

REMISM. *(Con furia.)*
Y á medida que crezcan tus amores
la mujer crudamente desdeñada
estremará sus iras y furores.

ATHAUL. *(Dirigiéndose á su cámara.)*
Basta.

REMISM. *(Furiosa.)*
Y el pago dando á tus rigores...

ATHAUL. *(Volviéndose.)*
¿Qué intentas en tu delirio?

REMISM. *(Con disimulado sarcasmo.)*
Nada.

ESCENA VII.

REMISMUNDA.—SIJERICO.

REMISM. ¿Soy la esclava? ¡la esclava yo! Athaulfo,
en breve de tu amor los lazos rotos
contemplaré.
SIJER. Y en breve, Remismunda,
quedarán satisfechos tus enojos.
REMISM. ¿Me vengarás?
SIJER. Al Hacedor levante
su corazon la pérfida y sus votos.
REMISM. Corre á vengarme.
SIJER. Espera: en blando sueño
no estarán, Remismunda, y es forzoso
esperar.
REMISM. Cada instante de tardanza
aviva mas y mas el mortal tósigo
que arde en mi corazon.
SIJER. Nada reeeles:
nuestro triunfo mayor y nuestro gozo
será. No temas nada: les contemplo
los brazos enlazados, y los rostros...
REMISM. ¿Los rostros de los dos?
SIJER. Sí, hermana mia.
Y los cabellos ásperos y broncos
del Rey con la de Gala confundidos,
que manto de crespon cubren sus hombros.
REMISM. Mátala, Sijerico.
SIJER. Tambien veo
el blando palpitar y los contornos
delicados de Gala; de Athaulfo
miro el semblante varonil y tosco,
y en el afan de interrumpido sueño
su aliento escucho entre cortado y ronco.
REMISM. Mátala.
SIJER. Sí; ya miro su cadáver,
el lecho miro con su sangre rojo,

la lenta convulsion de la agonia,
demudada su faz y yerto el tronco.

REMISM. *(Aterrada.)*
¡Sijerico!

SIJER. Ya es tiempo, es media noche:
y á consumar nuestra venganza corro.

REMISM. Detente.

SIJER. Remismunda.

REMISM. Fatal llama,
que me hiela la sangre, arde en tus ojos,
y...

SIJER. ¿No recuerdas el continuo ultraje?
¿No piensas que con brazos cariñosos
á Gala ciñe?

REMISM. Sí.

SIJER. ¿Que sus alientos
se confunden?

REMISM. Sí, sí.

SIJER. ¿Los ves absortos
en éxtasis de amor?

REMISM. ¡Mátala, mátala!

SIJER. Morirá, Remismunda.

REMISM. ¡Pronto, pronto!
(Sijerico entra en la cámara real, y cierra la puerta que encontró entreabierta.)

ESCENA VIII.

REMISMUNDA.

¡Oh, dentro está! me vengo, sí; me vengo.
Sus pasos no percibo... nada oigo...
Al tálamo nupcial sin duda llega
como al fragil redil el rapaz lobo...
La herirá, la herirá... pálido y frio
presto estará de Gala el rostro hermoso;
cárdenas sus megillas, sin frescura
sus lábios de carmin... Ahora conozco
el placer de vengarse.

ESCENA IX.

REMISMUNDA.—EURICO.

EURICO. Remismunda.
¡Qué has visto?
REMISM. *(Sobrecojida.)*
Yo.
EURICO. La duda y el asombro
miro en tu faz.
REMISM. Señor.
EURICO. En mi camino
hallo guerreros de semblante torbo;
dudo, sospecho, con veloz carrera
del régio alcázar la extension recorro,
y franca de una bóveda sombría
con creciente pavor la puerta noto.
Entro por ella, mis pisadas torpes
á lo lejos repite eco sonoro.
A tus cámaras llego, con presteza
las cruzo, no te encuentro allí, te nombro;
y traiciones temiendo...
REMISM. ¿Sospechais?
EURICO. Sí, que contra el monarca rencoroso
Sijerico.
REMISM. ¿Sabeis?
EURICO. Que la corona
á su frente ceñir pretende loco:
y que vengar la sangre de su hermano
con la sangre del rey...
REMISM. *(Golpeando la puerta.)*
¡Cerrado! ¡Todo
lo comprendo! ¡Traicion!

ESCENA X.

REMISMUNDA, *golpeando la puerta.*—EURICO *sobrecojido.* —GALA PLACIDIA, *que abriéndose la puerta, aparece con el cabello suelto y en el mayor desorden.*

GALA. *(Amparándose de Eurico.)*
¡Qué horror! ¡Salvadme!
EURICO. Habla, Gala.
GALA. No puedo: los sollozos
me anudan la garganta.
REMISM. (*Delirante.*)
¡Y aun respiras!
GALA. Piedad... ¡El hierro ví!.. ¡Dale socorro!
EURICO. (*A Remismunda.*)
¿Quién pasó esos umbrales?
REMISM. (*Con voz sorda.*)
Sijerico.
EURICO. Corramos á salvarle.

ESCENA XI.

REMISMUNDA.—EURICO.—GALA PLACIDIA.—SIJERICO, *en el dintel de la cámara real con un puñal ensangrentado.*

SIJER. Ya es ocioso.
REMISM. Esa sangre...
SIJER. La sangre de mi hermano
paga la sangre del monarca godo.

ESCENA XII.

REMISMUNDA.—GALA PLACÍDIA.—SIJERICO.

REMISM. ¿Esa es su sangre?
SIJER. Sí.
REMISM. Yo, yo... Insensata,
armé tu brazo, á tu furor hidrópico;
abrí las puertas, entregué las llaves...
(*Arrebatándole el puñal.*)
¡Maldicion sobre mí!
SIJER. (*Retrocediendo.*)
¡Detente!
REMISM. ¡Mónstruo!...
No tiembles, no... tu sangre venenosa
no pretendo juntar, fuera un opróbio,
á la sangre del rey. Yo fuí la causa
de su muerte; yo fuí... Mi ciego encono
la vida le quitó... Pues bien, yo debo
vengar, muriendo, á mi infeliz esposo.
(*Se hiere.*)
GALA. (*Sosteniéndola.*)
Eres madre.
REMISM. (*A Gala.*)
¡Theolinda!... Cuida de ella,
y cuanto mal me has hecho te perdono.
(*Cae muerta junto á su hija.*)

ESCENA XIII.

Dichos.—EURICO.

EURICO. Murió... ¡Y ella tambien...
GALA. Sí.
EURICO. ¡Sijerico!
SIJER. Las gradas son para llegar al solio.
EURICO. ¡A hierro muere quien á hierro mata!
SIJER. ¡Calla!... Un cadalso me presenta el trono.

FIN.

RARE BOOK
COLLECTION

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ6217
.T44
v.30
no.1-19